

REVISTA
DEL
JARDIN ZOOLOGICO DE BUENOS AYRES,

DEDICADA A LAS CIENCIAS NATURALES,
Y EN PARTICULAR A LOS INTERESES DEL JARDIN ZOOLOGICO

(MENSUAL)
DICIEMBRE 15 DE 1893

Publicada bajo los auspicios de la Intendencia Municipal de Buenos Ayres

POR EL DIRECTOR DEL JARDIN

EDUARDO LADISLAO HOLMBERG

Y SUS COLABORADORES.

Tomo I.

ENTREGA XII, pp. 353-384



BUENOS AYRES.

COMPANIA SUD-AMERICANA DE BILLETES DE BANCO.

Calle Chile números 241 y 263

1893



DOS PECES ARGENTINOS.

ARISTOMMATA, HOLMB.

(1888) Nombres vulg. de Peces Argentinos, & en *La Educacion*, (Julio);
(1893) *Rev. del J. Z.*, entr. III, p. 95.

Este género es muy inmediato á *Plecostomus*, aunque más tiene la cabeza de *Loricaria*, pero se distingue de ellos por la posición de los ojos, colocados lateralmente. De cualquier modo, sus afinidades son mayores con *Plecostomus*.

La adiposa, muy pequeña, existe, representada por una membrana diminuta, sostenida por una espina espinulífera, corta, comprimida y arqueada hácia atrás. Dorsal corta, con 8 radios, el primero más fuerte, simple, flexible y anteriormente espinulífero. Anal corta, con el primer radio como en la dorsal, pero mucho más débil. Ventral de 6 radios, el primero fuerte, menos en el ápice, todo espinulífero, con espinas transparentes en el borde posterior, y situada frente á la dorsal. Pectoral con el primer radio fuerte, anteriormente espinulífero y posteriormente como la ventral. Cuerpo todo acorazado, y las placas cubiertas de espinitas cortas más ó menos reclinadas; á cada lado lleva 3 filas longitudinales de placas. Cola no deprimida. Hocico avanzado, deprimido, de proyección horizontal elíptica. Boca inferior transversa, con una fila, interrumpida en el medio, de dientes-finos, arqueados, en cada mandíbula. Sin dientes palatinos. Interopérculo sin armadura eréctil. Abertura branquial muy estrecha.

República Argentina: Rio Paraguay (Lat. 26° 10')

Aristommata inexpectata, HOLMB.

(1893) *Revista del J. Z. de Buenos Ayres*, entr. III. p. 96.

D. 1/7. A. 6. P. 16. V. 1/5. L. lat. 21-22.

Espacio interocular igual al largo del hocico, midiendo desde el centro de la línea mínima que une los ojos. El origen de la dorsal dista del extremo del hocico tanto como de la parte más baja de la cola, allí donde ésta se eleva para dar origen á la caudal. Diámetro vertical de la órbita contenido cuatro veces en el espacio interocular. Cada par de las aberturas nasales, dista del otro tanto como el diámetro transverso de la órbita. La altura está contenida $5\frac{1}{2}$ veces en la longitud total, sin caudal; y la latitud mayor, inmediatamente detrás de los ojos, casi cuatro veces, sin caudal. Caudal muy escotada, tan larga como la distancia que separa el origen de la pectoral del extremo del hocico, y con la escotadura irregular, siendo el lóbulo inferior casi doble más alto que el superior.

Color pardo amarillento. Las membranas son claras; pero en el comienzo de la dorsal, y ocupando la base de los dos primeros espacios interradales, hay una mancha pequeña del color general, irrorada de más oscuro; en la caudal existen manchas semejantes, verticales, más anchas en el lóbulo inferior.

Long. con caudal 7 ctm.; lat. máxima (inmediatamente detrás de las órbitas): 12 mm.

Descubierta por C. SOLARI en Marzo de 1885, en el Rio Paraguay, al pié de Formosa.

Liposarcus Ambrosettii, HOLMB., n. sp.

D. 1/12. A. 1/4.

No deprimido, semejante al *L. pardalis* (CAST.) A. GÜNTHER (V, 239, n. 3) y con la *facies* de *Plecostomus alatus*. Negruzco, con numerosas manchas amarillentas. Vientre marmorado.

C. SOLARI descubrió esta especie en el Rio Paraguay, al pié de Formosa, en Marzo de 1885.

La dedico á mi excelente amigo JUAN B. AMBROSETTI, á quien debo un gran caudal en colecciones y observaciones, y cuyos trabajos le han conquistado ya un buen nombre entre los observadores argentinos.

E. L. HOLMBERG.

MANIFESTACIONES DE VIDA INTELECTUAL

EN LOS ANIMALES.

Observaciones hechas por ENRIQUE KERMES.

En la vida civilizada, dos corrientes se manifiestan de un modo constante: la primera es la afluencia de la población campestre, gentes vigorosas y sanas, á los grandes centros metropolitanos, afluencia ocasionada por el deseo de participar de una vida más civilizada, mientras que, por el contrario, aquellas que más se sienten ligadas al servicio de la diosa del progreso, á la vida intelectual, se inclinan á apartarse de los focos de cultura, de aquel ambiente artificial inherente á toda vida en las grandes ciudades, porque un sentimiento casi instintivo de conservación individual las arrastra á huir de esa vida y á entregarse á otra más primitiva, más natural.

En los países septentrionales de Europa, dotados de un clima áspero, de un cielo muy á menudo nublado, el hombre sueña con una vida idílica entre palmeras, al abrigo de un cielo benigno; fantasías en que, por supuesto, no se tiene cuenta de lo inseparable de todo clima tropical: el calor sofocante, las fiebres y enfermedades climatéricas, la gran cantidad de animales dañinos y venenosos, y los innumerables insectos molestos, que, en conjunto, pronto desencantarán al admirador más ferviente de los maravillosos paisajes tropicales.

Sentimientos análogos á los antes expuestos me condujeron á la República Argentina, y los deseos de tener terreno para fundar un hogar propio, me hicieron detener al fin en las márgenes del Río Negro (Patagonia). Vivía allí en la más completa soledad, pues no era raro que, por espacio de ocho días, no viera ser humano alguno.

Todo ser animado, privado de la sociedad de sus iguales, trata en lo posible de suplir esta falta, asociándose á otros seres; así lo hice tambien: al anochecer me divertía con mis caballos, cuando, despues de encerrarlos en el corral, los observaba para formarme un juicio sobre sus facultades mentales y sobre los medios de comunicarse sus impresiones é intenciones, de lo cual pronto me convencí.

Sin embargo, debo prevenir que no soy de aquellos que pretenden levantar el animal á la altura intelectual del hombre.

Mucho se ha escrito ya sobre la inteligencia del caballo; pero dudo que se hayan hecho observaciones en animales que, á la vez de ser domésticos, se encontraran casi tan libres como en estado salvaje.

El caballo que en primera línea me dió material para este trabajo, fué un zaino, bagual, que, ya en estado adulto, había caido en manos de los pampas, los que lo hicieron caballo, y conservó los recuerdos y costumbres de su anterior estado de padrillo. En la campaña militar contra los Indios, bajo las órdenes del general Roca, formaba parte del botin, y despues de diferentes dueños pasó á ser de propiedad mía: era de un tamaño poco comun, en algo parecido al tipo del caballo normando, y conocido en la vecindad como animal de poca confianza y peleador entre sus iguales; por este motivo, el último dueño había tenido la precaucion de mantenerlo en estado de flacura y de recargarlo con trabajo.

Por nombre le dí el de 'Hémú (palabra pampa), porque al hacerlo entrar una noche en el corral, me encontró un muchachito indio, maudado por sus padres para pedirme alguna cosa, y como el caballo no tenía prisa alguna para entrar en el corral, pero sí en aprovisionarse en lo posible de pasto para la noche, y confiado en la bondad de su dueño, tenía que tirarle mucho del cabestro, y el niño acostumbrado á ver los caballos mas sumisos, exclamó:

«Hémú quiere almorzar ahora» (entrada del sol). En lo sucesivo, cuando *Hémú* no me obedecía, lo que muy á menudo era el caso, tambien le llamaba *Hémú*, hasta que al fin me acostumbré á darle tal nombre. En el andar del tiempo, nos hicimos amigos, y el señor *Hémú* se acostumbró en cierto modo á tratarme como á sus iguales. Cuando en ratos

de ocio le rascaba el cuello, sus ojos, ojos de un moreno claro, con gris, parecidos á los humanos, de una expresion por lo comun ya suave, vagaban de amor, en el olvido, y, por reciprocidad, como es costumbre entre los caballos, agarraba con sus incisivos mi chaleco, queriendo rascarme tambien.

Salíamos juntos, es decir, yo encima de él, y si le daba un rebencazo, *Hémú* á su vez daba patadas.

Lo mismo hacía cuando, al cruzar un zanjon, con un carrito al que se ataba, éste le chocaba las patas.

Las sementeras me obligaron á tenerlo atado. Cuando *Hémú* tenía sed y me acercaba á él, entónces me comunicaba, con gestos fácilmente comprensibles, su deseo: levantaba la cabeza, mostrando con ella el río, como lo haría un hombre con la mano, tirando de la soga é imitando con los labios aquellos sonidos que los caballos dejan oír cuando acaban de tomar agua y con lo que revelan estar satisfechos. En las orillas del río, entre los sauzales, crecía aquí y allí una que otra mata de pasto tierno; para que gozase de éstos, que le gustaban mucho, le daba, comunmente despues de haber tomado agua, un poco de libertad.

Sucedía entonces, á veces, que *Hémú*, que sentía la necesidad de hacer movimiento, me invitaba á correr un poco, como para ver quién sería mas lijero; él corría algunos pasos, volvía, me hacía señas para animarme, relinchaba y al fin demostraba disgusto por mi pereza, y se iba á buscar sus compañeras, dos yeguas, madre é hija, las que, con mas facilidad correspondían á su iniciativa.

Estas correrías con las yeguas alcanzaban cada día mas léjos, y más trabajo me costaba cada vez el aprisionar de nuevo á *Hémú*; para cortar ésto no le dí más libertad, pero él protestó enérgicamente, como los niños mal criados, cuando no salen con su voluntad, saltan de rabia con los piés juntos y gritan; asimismo hizo *Hémú* con los cuatro suyos, gritando como un chanco; pero ciertas consideraciones por mis callos me obligaron entonces á largarlo.

El trayecto para ir al agua, conducía por encima de un médano; yendo adelante, me encontraba ya abajo, cuando *Hémú* todavía estaba en la cima. El se paró y ningun tirar del cabestro le podía hacer caminar; me miraba de arriba,

como si quisiera decirme *déjame*; despues miró un rato en torno suyo y siguió sin más su camino; al fin comprendí su proceder: cuando se busca hacienda extraviada, se sube á los médanos mas altos, que permitan ver á lo léjos. Como *Hémú* había subido muchas veces en tales arrees, comprendí el objeto, y ahora, gordo y de buen humor, fingía por broma ver en torno suyo, encima de un médano, oculto entre sauces altos, dándose un aire, medio grave, medio cómico, eso, no una sinó muchas veces. Por supuesto que como ninguna otra ocurrencia le distraía, ésto le hizo olvidar su propósito.

Como antes he dicho, poseía dos yeguas, la una ya vieja, que nombraba simplemente *Yegua*, era de pelo oscuro, casi negro, de formas muy perfectas, pero de un carácter que parecía estar en relacion con el color de su pelo; sério y repulsivo contra cualquier contacto amigable, hasta contra los cariños y juguetes de su propia hija. Con el señor *Hémú* mantenía relaciones mucho menos amigables; este pícaro, acostumbraba arrimarse pacíficamente á la yegua, nariz con nariz, olfateando despues por otra parte, y por fin trataba de morder las rollizas ancas de su antagonista, á lo que ella respondía con patadas que él devolvía con intereses. No comprendo por qué *Yegua* permitía siempre que de nuevo se le acercase aquel majadero de *Hémú*.

La otra yegua (potranca), hija de *Yegua*, cuyo nombre era *Lise* (*Lisette*), alazana, muy dócil y poco dotada intelectualmente (si de animales es permitido hablar en estos términos), era amiga íntima de *Hémú*.

Por diferentes razones encerré mis caballos de noche en el corral. Una vez acostumbrados, entraban en él de buena gana. Aunque así por la noche no podían comer, aprovechaban este tiempo en rascarse y hacerse cariños, así es que no me oponían resistencia cuando los llevaba á él á pié, pero á veces se ponían de acuerdo para burlarse de mí un poco; caminaban tranquilamente, pero de pronto se paraban, vacilaban como indecisos, de un lado á otro, para disparar despues en diferentes direcciones; luego se unían á poca distancia, me esperaban apaciblemente, con miradas un poco risueñas, dulces, se dejaban llevar como ovejas, para luego escapar de nuevo, pero nunca por tercera vez, sino

que entraban dócilmente al corral. Supuse que se comunicaban sus intenciones y, en verdad, pude comprobar que la señal para estas escapadas consistía en sonidos poco perceptibles.

En el corral, *Hémú* y *Lise* se rascaban y se hacían cariños; pero cuando *Lise* hacía á veces igual cosa á su madre, *Hémú* se impacientaba y demostraba sus celos por ataques groseros.

Cierta mañana lanzó *Yegua* un grito desesperado; salí de casa, ví que ella acababa de saltar fuera del corral. No dí mayor importancia á esto, hasta que mas tarde ví que un palo del corral estaba roto, ensangrentado, y tenía pegados pedacitos de carne y pelo; busqué á *Yegua* y ví que presentaba una herida grande en el vientre, le colgaba un triángulo de cuero de unos 15 centímetros, cerca de las mamas. Con ayuda de un vecino la curé; felizmente no estaban interesados los intestinos (se encontraba en estado de preñez muy avanzada). Este animal, que nunca se dejaba tocar, ahora me permitía, en campo abierto, pasar por entre sus piernas para examinar el estado de la herida que mostraba con la cabeza que le aproximaba, y con quejidos me comunicaba que sentía gran dolor; pero á medida que sanaba, volvía á su anterior repulsion contra toda tentativa de aproximacion.

Llamó mi curiosidad el hecho de que, alrededor de la herida, cayeron, á ambos lados, los pelos, en un ancho de un dedo, evitando así la entrada de los mismos en la herida y la ulceracion consiguiente.

Como *Hémú* era el culpable del accidente narrado, y en prevencion de otros, coloqué en un lado del corral un palo, en el cual lo ataba de noche, con suficiente libertad para que se pudiera mover y echarse á gusto; así es que estaba condenado á ver que *Yegua* y *Lise* se rascaban, por lo que su cara demostraba ira y envidia. Sucedía entonces, á veces, que ellas, olvidando la presencia de él, se le arrimaban poco á poco. *Hémú* no se movía; midiendo entónces con ojos furibundos la distancia que separaba las yeguas de sus patas, así que estaban á su alcance, les lanzaba una descarga formidable de sus nerviosos piés.

Llegó el tiempo del parto de *Yegua*, y me ví obligado á

tenerla atada, por la afición extraña que tenía de invadir los trigales ya espigados, al sólo objeto de sentir el choque de las espigas en las piernas y en el vientre, moviendo aquellas como acostumbra cuando se bañan, mirando, como pensativa, los movimientos de las espigas, sin que jamás la viera comer del trigo. Una tarde, cuando la llevaba al corral, me asustó, al verla que tenía aspecto de pegarme una coza, con la mirada furiosa,—así me parecía al menos. A la tarde siguiente, se repitió esto otra vez, y me convencí de que era una pantomima, que quería decir: «lárgame ¿no ves que estoy para parir? (mostró su vientre con la cabeza), ó te pego una patada».

Ignorante de los signos que anuncian el parto, no accedí, en la creencia de que todavía pasarían semanas: ésto dió lugar á que *Yegua*, á la tarde siguiente, renovase su pedido con más energía aún, y con tal claridad, que no me quedó duda alguna: pedía su libertad para irse á elegir un lugar á propósito para el parto, pero no la solté, y en la noche me despertó un grito parecido al que había lanzado *Yegua* cuando se clavó el palo al saltar el corral. Sospechando que *Hémú* estaba suelto y atacaba tal vez á *Yegua*, me levanté, pero encontré todo tranquilo; apenas entré otra vez á casa, oí otro grito igual; al volver al corral, vi un bulto cerca del porton y al lado de éste á *Yegua* echada: era el potro nacido. Para tranquilizar á *Yegua* y evitar que *Hémú* cometiese alguna torpeza, lo saqué del corral para atarlo en alguna de las estacas que había allí cerca. Mientras lo buscaba en la oscuridad, *Yegua* se había ido, llevándose el potrillito, nacido apenas hacía un cuarto de hora.

Al día siguiente procuré observar cómo se portaría *Hémú* con el recién nacido. Miraba al chiquilín desde alguna distancia, y me parece que tanto con miedo como con curiosidad. Seguramente la madre habría frustrado toda tentativa de aproximación por parte de su adversario. Algunos días más tarde ví que *Hémú* se ocupaba en reconocer el potrillito, es decir, le olfateaba de arriba abajo con la mayor prolijidad. Empleó horas en esto. Al fin, cuando llegó á las patas, el chiquilín se impacientó á causa de este exámen tan prolongado, y ensayó cocear con sus patitas aún tiesas. Tan pronto como *Hémú* vió este desafío, dió vuelta como

un rayo y estaba á punto de lanzar una coz terrible, cuando, felizmente reflexionó y se contuvo.

En otra ocasion ví, por el contrario, cómo el potrillo, con sus labios, acariciaba á *Hémú*, y que éste, para que aquel le pudiera llegar hasta las orejas, agachaba la cabeza siempre más. Imposible me es describir la expresion de la cara de *Hémú*, que, sin duda, se sentía en el colmo de la felicidad. Desde entónces profesó un amor especial al potrillito y no se cansaba de jugar con él, hasta que éste buscaba solamente á la madre para mamar. Cuando el chico ya fué potro (*Potro* le dí por nombre), y empezó á revelar la inclinacion de su sexo, *Hémú*, el celoso *Hémú*, no demostró contrariedad alguna.

La vigilancia de mis caballos me costaba mucho tiempo. Cierta día se me ocurrió la idea de atar al *Potro*, en la suposicion de que los demás quedarían cerca de él. Así lo hice; pero el éxito no correspondió á mis esperanzas: ni la madre, ni *Hémú*, su inseparable, hacían caso de los llamativos del pobre *Potro*; todos se alejaban; la madre se conformó con responder á sus gritos, pero nada más. Esto me extrañó mucho. Al cabo de algunas horas, *Potro* había logrado arrancar la estaca en que estaba atado, y se fué, como era natural, de carrera, para encontrar á los demás. Lo primero que hizo fué pedir de mamar á su madre, pero *Yegua* no estaba dispuesta á ceder en este punto y se fué al trote. Curioso por ver cuál sería el vencedor, los seguí tambien. *Yegua* se fué al río para tomar agua, y me parece que indicó á su hijo que el agua era una bebida muy saludable. *Potro* bajó la cabeza hácia el agua, la miró con aire triste, pero no pudo decidirse á probarla, y el final habrá sido que mamá tuvo que ceder á las instancias de su hijo. Así son las madres. *Yegua* había aprovechado la ocasion, cuando él estaba atado, para destetarlo, alejándose de él.

Lise era muy aficionada á estar en sociedad de yeguas que andaban con cria. Siempre se iba á pastorear con los caballos de mi vecino, quien tenía algunas yeguas con chicos. No la he visto jugar con éstos, ni hacer cariño á las madres; pero cada vez que se me escapaba la encontraba entre ellas y tuve que hacer muchos esfuerzos para apartarla, lo que siempre tenía que hacer á pié, porque á *Hémú*

no podía gobernarlo para este fin; él hacía causa comun con *Lise*. Un petizo viejo, perteneciente á la tropilla del vecino, y muy amigo de *Lise*, salía al encuentro mío, cuando iba á apartarla, hablando en pró de ella: «que estaba bien allí, que todos la querían, que no se perdería», así á lo menos interpretaba las voces guturales que dejaba oír. No sé si éstas eran tomadas del lenguaje de los caballos, ó si eran reproducciones de las impresiones que al petizo había causado el habla humana; pero lo cierto es que él dejaba oír una série de sonidos articulados, y que el tono de éstos era rogativo. Bien hubiera merecido el petizo que accediese á su pedido, en recompensa de esta exteriorización tan rara, aunque solamente hubiera sido para instigarle así á producir otras de la misma índole; pero las conveniencias con el vecino me obligaban á no hacerlo. No todos los caballos del vecino pensaban como el petizo, y dos de entre ellos se acostumbraron á ayudarme á apartar á *Lise*, lo que así no me era difícil. Sea que el móvil para ésto haya sido evitar que la tranquilidad de la tropilla se interrumpiera por mis operaciones, ó tal vez que yo les hubiese sido señalado como hombre de bien por mis propios caballos (como de la iniciativa del petizo se podría suponer), me ayudaban por favor y acabaron por traerme á *Lise* sin que yo tuviera necesidad de incomodarme. Una vez observé que el mejor de los caballos del vecino corría tras de *Lise* por más de una hora; se encontraban á bastante distancia entre médanos, en continua carrera, hasta que al fin *Lise* quedó vencida y entró completamente estenuada al terreno mío para juntarse con *Yegua* y *Hémú*, mientras que el vencedor volvía tranquilamente y pasaba por delante de mí para ir á su querencia. De buena gana le habría dado una propina, si hubiera tenido qué darle.

Cierta hermosísima mañana de Primavera, en que todo invitaba á la alegría, la luz del sol que brillaba en el azul de la bóveda celeste y el verde claro de los campos y de los sauces, me ocupaba en observar el juego de los Chimangos que, en gran cantidad, se habían juntado, ejercitándose en el aire á alto vuelo en curvas entrelazadas, haciendo al mismo tiempo oír sus voces poco armoniosas, pero que sin embargo en parte aumentaban la alegría que respiraba toda la

Naturaleza, ví aproximarse un caballo colorado del vecino, á los mios, y al señor *Hémú* salir al encuentro de él, como quien hace los honores de la casa. Ambos tomaron parte de la alegría comun. *Hémú* parecía alabar al otro la bondad de sus pastos; comieron juntos, risueños. Mi atencion se dirigió á otra parte, cuando de repente oí gritos de rabia del lado de *Hémú* y ví que éste atacaba á patadas á su huesped, quien sin duda se había demostrado demasiado caballero con mis yeguas y por consiguiente despertado los celos de *Hémú*. El colorado tuvo que ceder, entregándose á la fuga, seguido de su adversario, el que, á pesar de ser muy gordo y casi del tamaño de un frison, no cedía en nada al colorado (el mejor caballo del vecino). Noté que *Hémú* no permitía que el colorado saliese campo afuera, sino que le dirigía contra el rancho del vecino, lo que al fin consiguió, haciéndole parar cerca de la casa de su dueño, sin duda porque *Hémú* consideraba el trabajo como el mejor medio de quitarle los pensamientos en esposas ajenas.

Lise estaba ya adulta y me pareció bien que se casara. Como en la vecindad inmediata no había padrillo, pedí uno prestado á un Indio que vivía algo distante, un tordillo flaco y de poca fuerza, porque servía constantemente de caballo de silla. Curioso por ver cómo se portaría *Lise* con el padrillo, encerré ambas yeguas con él en el corral. Noté que *Yegua* comunicaba algo á su hija, lo que se revelaba en los cambios de la expresion de la cara y de los ojos, así como por sonidos poco perceptibles; al fin *Lise* se dirigió resueltamente al tordillo, que no demostró ningun interés, y le asestó una manotada en el lomo. Jamás había visto que un caballo hiciera tal uso de la mano, ni mucho menos levantarla á una altura tan grande. Como *Lise* era siempre como una oveja, sin duda este golpe no era agresivo, sino que tendía á excitar al padrillo; pero éste tenía miedo y no se movía. Despues quise ver lo que diría *Hémú* y lo busqué, bien asegurado, con bozal y cabestro.

Tan pronto como vió al tordillo encerrado con las yeguas, su cara se desfiguró por una ira tremenda; casi no pude retenerlo; hubiera querido pasar por entre los palos de las tranqueras del corral.

El padrillo quedó encerrado con las yeguas durante la

noche. En una esquina del corral existía un chiquero de dos y medio metros en los costados. A la mañana siguiente encontré al padrillo en el chiquero, y las yeguas por delante, de guardia, una en cada costado, teniendo prisionero al torcillo, que se mostraba muy abatido. En seguida lo mandé á su dueño, y por otro lado á *Lise* también, para que anduviera con la tropilla de un amigo que tenía padrillo. Cuando ella volvió, *Yegua*, la madre, al olfatear á su hija, prorrumpió en demostraciones de gran alegría.

El caballo sirve al hombre como medio de locomoción para acortar las distancias. Y aun cuando reconocía la verdad de este aforismo, en realidad *Hémú* poco servicio me prestaba en tal sentido, porque aunque siempre salíamos á galope, él, que me conocía, no tardaba mucho en andar al paso. Distráido, no lo notaba tan pronto; cuando me daba cuenta de ello, otro galopito, pero como el ritmo de los pasos del caballo excitaba mi mente y me abismaba en un mar de pensamientos, *Hémú* podía caer del galope otra vez sin que lo notase y así siempre. Los vecinos se reían de mi andar á caballo. Para remediar esto, presté á *Hémú* á un amigo, quien me prometió corregirlo. Cuando despues de un mes volví á buscar á *Hémú*, éste había enflaquecido, y, de tan cansado, ni siquiera daba señales de conocerme. Quise ver cómo se reconocería con las yeguas. Lo llevé del cabestro. *Hémú* no miraba en rededor suyo; estaba muy triste, no buscaba sus yeguas. Cabizbajo, se dejó llevar devorando con los ojos los pastos primaverales, pero sin atreverse á comer. Muy cerca ya de las yeguas, *Hémú* levantó la cabeza, vió á sus amigas y lanzó un grito muy prolongado, parecido al silbido de una locomotora. Le dí su libertad, y él bajó en seguida la cabeza al suelo para comer. Las yeguas, para saludarlo, dieron dos vueltas alrededor de él; eso es costumbre entre los caballos. El así festejado, á la segunda vuelta y en el momento en que los cuerpos de los otros están paralelos al suyo, suele unirse á ellos, corren todavía una ó dos vueltas en círculo para alejarse despues como llevados por la fuerza centrífuga en línea recta; pero *Hémú* no estaba dispuesto á responder á eso.

El comía, y en vano se aproximó *Lise*; él no hizo caso ella le acariciaba con los labios; él comía y no se dejó distraer ni por un momento: tenía hambre el pobre.

Hémú ya galopaba bien; pero no pasó ni una semana sin que anduviéramos como antes. La culpa no era de él.

Para ir al pueblito mas cercano tomaba siempre el mismo camino, que era bastante derecho. Al volver de noche, en la oscuridad, largaba las riendas, dejando en libertad á *Hémú* para elegir el camino. Así comprobé que él no seguía el camino por el cual yo iba, sino que tomaba en línea recta, sin hacer caso de los obstáculos que se le presentasen en el camino. Llegado á mi terreno, no pensaba en llevarme á la casa y ser desensillado; el pícaro se iba á buscar sus yeguas, lo que, en noches oscuras, me hacía perder mucho tiempo antes de encontrar mi casa.

Hablando de la inteligencia de los caballos, un amigo refirió lo siguiente: «Tengo un padrillo j6ven y fuerte; aunque tiene veinte yeguas, él se va para pelear con otros padrillos y conquistar mas yeguas. Así, últimamente, venció al padrillo de mi vecino; lo corrió algunas leguas campo afuera, volviendo luego para apoderarse de las yeguas del vencido. Lo primero que hizo fué enseñar á éstas el lugar donde toman agua, es decir, en las tinas que están delante de mi casa; pero á mí no me convenía esto, porque habría tenido que tirar doble cantidad de agua, así es que lancé entre las yeguas una caja de lata llena de pedazos de fierro; asustadas aquellas, dispararon en todas direcciones. En vano el padrillo quiso juntarlas otra vez, pero al fin se convenció de lo infructuoso de su afan y volvió solo al rancho. Cansado, quedó allí parado, cabizbajo, triste; de repente levantó las orejas, relinchó y salió á la carrera: recordaba su propio harem, y olvidando despecho y cansancio, fué á buscarlo.»

Vendí mi terreno con los animales, y despues de haber pasado algunos meses en la vecindad, me dispuse á abandonar el territorio. Los dueños actuaies de *Hémú* me lo prestaron para ir algunas leguas mas abajo; pero el pobre no daba señal de reconocermé, estaba muy cansado, tenía maseta en una pata. Aquellos bárbaros habían arrastrado con él troncos de sauces verdes, de un peso tal, que, dos yuntas de bueyes habrían tenido trabajo en llevarlos. Despues de algunas horas de camino me despedí de él *para no verlo más.* ¡Pobre *Hémú!*

En resumen de todo lo que antecede, réstame decir que mi opinion es que los caballos se entienden tambien entre ellos, como los hombres entre sí, y que ellos se pueden hacer comunicaciones bastante complicadas y hasta cierto grado abstractas; pero no me atrevo á afirmar que conozco todos los medios de que se sirven.

Parte, esto es seguro, se comunican por pantomimas ó gestos, como he relatado en diferentes casos. Uno de los gestos mas comunes es aquel con que un caballo dice al otro: *no te quiero, véte*, en un movimiento muy pronunciado con la cabeza, igual al que los hombres hacen en el mismo caso con la mano; caballos ajenos que se quieren unir á otros, son desde el principio por este medio excluidos de la sociedad de éstos, hasta que al fin uno de ellos se aproxima al nuevo compañero, hace amistad con él y le sirve de intermediario para con los otros, hasta que es considerado como miembro de la sociedad; pero no hay regla fija en esto, porque un animal, al primer día, ya entra en amistad, mientras que otros, despues de meses enteros, todavía son rechazados. Cuando á una yegua no agrada el padrillo de su propia tropilla, entónces va á buscar en la vecindad otro que sea más de su gusto.

Fuera de las pantomimas y gestos, los caballos se comunican por aquellos sonidos ó articulaciones que les son naturales, como los de dolor, de rabia, de agrado, de cariño y de amor, de alegría, de miedo ó de susto y otros más. Reproducen todos estos sonidos, como creo, á voluntad, y con el fin expreso de dar á saber alguna cosa definida á otro caballo, por ejemplo, para decirse: «esto ó aquello es malo», indican con la cabeza el objeto y dejan oír aquellos sonidos ó voces que les son propios en momentos de ira, con la expresion correspondiente de la cara, ó para decir lo contrario, dejan oír voces de agrado, de cariño. El mejor ejemplo de esta clase y que mas arriba he señalado, es cómo *Hémú* me hacía saber cuando tenía sed.

Siendo los caballos muy nerviosos, no es improbable que se comuniquen entre sí tambien transmitiéndose el uno al otro ciertas sensaciones.

Verdad es que todas estas observaciones se pueden hacer en animales bien nutridos y sanos, que no estén estenuados

por exceso de trabajo; y aquellos que tratan mal ó con dureza á un caballo no deben esperar que éste les comunique sus deseos.

La cara del caballo refleja con extremada claridad las sensaciones y emociones que experimenta; no sabe disimular bajo la máscara de la indiferencia ó de la hipocresía como el hombre.

El burro, al que comunmente se toma como tipo de pobreza de espíritu, no está menos dotado que el caballo. Cerca de Trieste ví una mujer montada en un burro; llevaba diferentes bolsas; una de éstas se abrió, y el contenido, porotos, se desparramó por el camino. La mujer prorrumpió en imprecaciones y lamentos, mientras juntaba los porotos, y el burro con las cuatro patas extendidas muy á sus anchas la miraba con regocijo maligno.

En una excursión á pié por la costa de Dalmacia, me encontré con un hombre montado en un burro, y que llevaba otro sin carga. Seguíamos el mismo camino y el ginetete llamó al burro que iba por delante y le dijo: «mira, ese señor vá á pié, y tú no tienes carga, ofrécele tus servicios». Y el burro vino á mi lado, como si hubiera querido invitarme á que lo montase.

APUNTES

PARA UN

FOLK-LORE ARGENTINO

(GAUCHO)

Por JUAN B. AMBROSETTI.

Después de publicado el primer trabajo *Folk-lórico* en esta REVISTA, he creído deber continuar la obra empezada.

Estos apuntes pertenecen á la region del *gaucho*, tal cual lo entienden los que han leído las obras de HIDALGO, ASCA-

SUBI, ESTANISLAO DEL CAMPO, el *Martin Fierro* de HERNANDEZ, las de EDUARDO GUTIERREZ, etc.; es decir, de aquel en cuyo cuerpo no corre sangre Guaraní, ni Quíchua, en una palabra, el gaucho de la Provincia de Buenos Ayres, que hoy la va desalojando poco á poco para poblar la Pampa y los Territorios Nacionales del Sur, y que tiene representantes en las provincias limítrofes con ella, como ser: Entre Ríos, Santa Fé, Córdoba, San Luis, etc.

He agrupado, los distintos datos recogidos, en diversas secciones, de las cuales hoy publico las tres que siguen:

I.— EL SAPO.

(Diversas especies de *Bufo: martinus, aqua, &*)

EN LA MEDICINA Y SUPERSTICIONES POPULARES.

Este inofensivo batracio, tan repelente á la vista, con su aspecto chato y pustuloso, que hace irritar los nervios de las personas sensibles, principalmente las señoras y niñas, desempeña un papel importante en la Campaña.

El Sapo, ya sea como remedio, ya como intermediario de la superstición, es muy empleado por nuestros gauchos, que hacen de él un animal casi sagrado.

Raros son los paisanos que se atreven á matar un sapo, salvo cuando sus prácticas requieren su muerte, considerándolo siempre de gran utilidad.

La zona terapéutica de acción de este animal, no sólo se circumscribe al hombre, sino que se extiende también á los animales, siendo uno de los remedios veterinarios más importantes.

Durante mis viajes, he recogido, compulsándolos siempre, muchos datos sobre su empleo, y ellos forman el presente trabajo, que naturalmente está lejos de ser completo.

En la Medicina Popular, el sapo se emplea de diversos modos, según las varias enfermedades á que se aplica; así, pues:

Para el dolor de cabeza—En algunos puntos de la Provincia de Entre Rios se usa llevar en forma de vincha un cuero del lomo con su parte interna tocando la frente.

Para el dolor de muelas—Los remedios son variados, á saber:

1° Tomar un sapo vivo, agarrarlo con la mano derecha, fuertemente apretado, hasta que abra la boca y luego escupir dentro de ella.

2° Tomar un hueso largo (femur) de un sapo que se halle muerto, limpiarlo y formar con él un escarbadientes que debe usarse á menudo.

Esto se usa tambien como preservativo.

3° Tomar un sapo vivo, agarrarlo, apretándolo fuertemente del lado del lomo, y pasar la barriga del animal en cruz tres veces sobre la cara en la parte hinchada.

4° Matar un sapo, cortándole inmediatamente un pedazo, que se echa al fuego para que se caliente bien; luego se introduce en la boca, mordiéndolo con la muela dolorida mientras se pueda aguantar.

Para la mordedura de víboras—Entre otros remedios usan abrir un sapo vivo en cruz, por el lomo, y aplicarlo en seguida sobre la herida.

Muchos no dudan de la eficacia de este remedio, pues es creencia general que el sapo, cuando puede, se venga de la víbora del siguiente modo:

El sapo, al encontrar uno de estos reptiles dormido, lo rodea de babas completamente y luego se pone á cantar frente á él para que se despierte; pero no pudiendo franquear el círculo misterioso que le ha tendido, la víbora rabiosa se mata á golpes, sacudiéndose contra el suelo.

Para la culebrilla—(Herpes Zona)—Esta enfermedad, que á veces ataca á la gente de campo, caracterizada por vesículas llenas de líquido amarillento que, bajo la forma de media cintura, se manifiestan en el pecho, los hombros, ó el vientre, acompañada de dolor y comezon, creen los paisanos que es debida al paso de una culebra pequeña que deja un rastro venenoso, ya sea sobre la parte afectada ó sobre

la ropa de uso interior, que se ha puesto el enfermo antes de estarlo.

A esta enfermedad temen mucho los paisanos, pues dicen que va adquiriendo, á medida que se desarrolla, la forma de la culebrita que la generó, y que, si se juntan la cabeza y la cola, el caso es perdido.

Para evitar esto toman un sapo vivo por el lomo y le pasan la barriga sobre las pústulas en sentido contrario á su marcha.

Durante esta operacion dicen que el desgraciado sapo se pone rojo, grita desesperadamente, se hincha, etc.

Luego lo largan vivo, pero el sapo muere al poco tiempo á causa del veneno de la culebrilla que ha absorbido por la barriga. (1)

Otros usan curar la culebrilla, cuando no tienen sapos á mano, escribiendo con tinta sobre ella, y con letras chicas, las palabras *Jesús, María, José*.

Para la disenteria—En algunos puntos de Entre Rios usan tomar una disolucion de cáscaras de huevos de sapo, las que préviamente han hecho secar, y luego reducido á polvo.

Los tales huevos no son de sapo sinó de un caracol de agua dulce muy comun, del género *Ampullaria*, que se presentan como un racimo de color rosado vivo, adherido á los tallos de las plantas acuáticas; pero los paisanos los atribuyen á los sapos, y de allí la creencia en su eficacia.

Hasta aquí los datos que he recogido del sapo como agente terapéutico, y estas creencias creo que no sean genuinamente Argentinas, porque en España tambien las tienen respecto de este animal, y nuestros paisanos las han recibido seguramente por herencia de los primeros pobladores y conquistadores y aún de los modernos que las traen de allá.

A mí me ha contado con la mayor buena fé un paisano español de la Provincia de *Pontevedra* (Galicia) que en su pueblo se usa, cuando se tienen verrugas en las manos, re-fregárselas con la barriga de un sapo vivo, el que se ensarta

(1) Indio

luego en una caña hasta que muera y se deseque, creyendo que entónces las verrugas desaparecen.

Por ahora no tengo á mi disposicion los magníficos trabajos folk-lóricos que se han llevado á cabo en estos últimos años en España, pero seguramente, consultados, de muchas de nuestras prácticas supersticiosas, &, se debe encontrar el origen en ellos.

En la Veterinaria campestre, el sapo se usa en varios casos.

Para la renguera—Cuando un caballo se renga de una pata ó se *desortija*, segun el término criollo, entre otros remedios que se usan, figura en algunos puntos tambien el sapo, que abren por la barriga de un tajo y colocan despues sobre la pata, teniendo cuidado de sacarlo al otro día, porque, si no, creen que es tan fuerte su accion que la hace secar.

Para los gusanos—En el campo, cuando no se cuidan los animales lastimados del lomo, etc., en verano principalmente, son atacados por las moscas que depositan sobre la herida sus huevos, que no tardan en convertirse en larvas y comienzan su obra de perforacion.

Muchos y variados son los remedios empleados en la curacion de los animales agusanados, y, entre ellos, no podía naturalmente faltar el sapo.

Su aplicacion es muy sencilla: lo agarran, lo atan de una pata, y vivo se lo cuelgan al animal del pescuezo, dejándolo que ande por donde quiera con él.

Segun muchos, es un santo remedio y cuando se les hace alguna objecion dudando de su eficacia, lo miran á uno con sorna y conmiseracion, como diciendo: ¡Qué ignorante!!

La influencia del sapo es muy variada, así pues los paisanos:

Para extirpar las vinchucas — (*Conorhinus infestans*, KLUG) — de sus ranchos, toman cuatro sapos vivos y los cuelgan de una pata en cada esquina, del lado interno, y allí los dejan.

Para que los jagüeles conserven agua — Siempre les

echansapos vivos y si sale alguno en el balde, cuando extraen agua, lo vuelven á echar, porque dicen que son ellos los que cavan las vertientes.

Para que llueva—En la Provincia de San Luis cuelgan de un árbol ó de un palo cualquiera, al exterior, un sapo vivo, de una pata.

En Entre Ríos, en vez, hacen una cruz de ceniza en el suelo y sobre ella estaquean un sapo vivo con la barriga hacia arriba, clavándolo además con cuatro espinas de naranjo para que haga llover.

Además, es creencia general que, cuando los sapos salen y forman círculos y gritan, es signo de lluvia, pues piden agua.

Estoy seguro de que el sapo tiene muchas más aplicaciones en las creencias, supersticiones, veterinaria y clínica campestre, que he de reunir para publicarlas, como complemento de este pequeño trabajo, fruto principalmente de los ócios del fogon, durante mi último viaje á la Pampa Central.

II — VETERINARIA CAMPESTRE.

En nuestra campaña inmensa, y en su mayor parte dedicada á la industria pastoril, el caballo es el brazo derecho del paisano, pues sin él no podría llevar á cabo los variados trabajos de campo, ni franquear, como lo hace constantemente, las grandes distancias que separan un punto de otro.

Así, pues, nuestro hombre de campo tiene un gran cariño y verdadera pasion por los caballos propios, los cuales cuida y trata de curar, cuando se le enferman, con los procedimientos y remedios tradicionales, en general bárbaros casi todos, mezclados con prácticas de supersticion pura, y á los cuales tienen mucha fé.

Los veterinarios rurales generalmente se hallan en casi todos los distritos de campaña, y son, casi siempre, personas de edad. Les atribuyen cualidades curativas superiores, y en algunos puntos pueden tambien ser del sexo

femenino; pero casi siempre las curaciones se hacen gratuitamente, y más bien á título de amistad ó de servicio.

Algunos remedios (como se llaman vulgarmente las curaciones) los hace cualquiera, generalmente los mismos dueños de los animales, y son los vulgares, que no necesitan de *palabras* como ellos dicen.

Las *palabras* para curar, ó frases misteriosas, sólo las saben y las pronuncian los entendidos, guardan siempre un gran secreto de ellas, y sólo las transmiten á algun otro cuando se hallan muy viejos ó no quieren ya curar más, porque dicen que una vez revelado el secreto, adquiere el otro las propiedades curativas, perdiéndolas el denunciante.

Nunca, por este motivo, he podido recoger ninguna; pero supongo que serán invocaciones á Dios, ó á algun santo, y de carácter religioso simplemente.

Este tema es muy interesante y halagador, y es de desear que sea completado en lo posible, para que más adelante puedan compararse estas costumbres con las de otros pueblos de ginetes, como por ejemplo los árabes, los que deben tenerlas muy parecidas y quizás se encuentren grandes analogías que podrían fácilmente explicarse por la herencia que de ellos tiene nuestro paisano, como reflejo de la que dejaron á los españoles meridionales, que fueron los que, en mayor número, formaron los contingentes coloniales en la época de la conquista.

La cuestion del color del caballo, ó *pelo*, como dicen nuestros gauchos, es muy semejante á la creencia de los árabes en ese sentido; así, pues, es comun oírles decir, hablando del pelo tostado (colorado oscuro):

Tostao, antes muerto que cansao, refiriéndose á la resistencia que tienen los caballos de ese color.

Otra supersticion muy generalizada entre nuestros gauchos, es la siguiente: *el que quiera conservar un buen caballo, no debe dejarlo montar nunca por mujer alguna y mucho menos en cierta época*, pues creen que, por ese hecho, los caballos se hacen flojos, no sirven para nada más, ó se vuelven totalmente pelados.

Un peon de la provincia de San Luis me refirió este caso: hallándose en un rancho de unos compadres suyos, su co-

madre le pidió prestado el caballo que montaba, y por el que tenía una gran estimación, para ir muy cerca de allí.

A este pedido no pudo negarse, y cedióle el caballo sin acordarse en ese momento de la superstición al respecto; la comadre montó, fué y volvió; al otro día, á su vez, siguió viaje, y, cuál no sería su asombro cuando, á poco andar, empezó á desconocer su caballo.

Ya no era el mismo; había perdido sus buenas cualidades de resistencia, y varios días despues se le caía el pelo totalmente, hasta que quedó pelado.

Habiendo visto á un viejo que curaba caballos, éste, en cuanto lo observó, le dijo: *A este animal lo ha montao una mujer con la luna.*

El caballo curó al mucho tiempo, y habiendo averiguado el paisano, resultó que, efectivamente, el día en que su comadre había montado su caballo, se hallaba con esa molestia.

Dada esta coincidencia, aun cuando la verdadera enfermedad del caballo hubiera sido seguramente sarna, el peon ha quedado desde entónces convencido de la sabiduría de esa superstición.

De estos hechos he oido referir muchísimos, los que no cito para no ser muy largo. Basta con uno como ejemplo.

Los procedimientos curativos son, á su vez, muy interesantes y varían segun las diversas enfermedades.

Nubes en los ojos—Muchas veces, en los trabajos á rodeo, apartes de novillos, etc., lanzados los caballos á toda furia bajo la azotaina inclemente del jinete, sucede que éste, en un descuido, les pegue un rebencazo en el ojo, de lo cual puede resultar una nube.

Para evitar ésto, los gauchos acostumbran bajarse del caballo, escupir el rebenque y luego pasar con él, sobre el ojo, en cruz.

Quando ya se ha producido la nube por cualquier causa, usan varios remedios: uno de ellos consiste en llenar la cuenca que los caballos tienen sobre el ojo con excremento humano.

Pero el más empleado es el siguiente: toman corteza de Sauce jóven (*Salix Humboldtiana*), la queman, y cuando está carbonizada, la pulverizan; luego la colocan en un cartu-

chito de papel y la soplan sobre el ojo del caballo, para que, con el parpadeo, el polvo vaya limando la nube, hasta hacerla desaparecer; ó sal, ó semilla de zapallo mascada.

Gusanos—Los animales agusanados ó enmoscados, son curados de varios modos: ya sea colgándoles del pescuezo un sapo vivo, un cráneo de perro, una pata de oveja, un pedazo de cuero sobrante, de lo que llaman garra, con un agujero en el centro, por donde pasan el tiento ó tira de cuero para atarlo, ó un collar de paja trenzada.

Todo se reduce á colgarle cualquier objeto de estos y dejar á los animales en libertad, en la creencia de que tales cosas le hacen caer por sí solos los gusanos.

Muy empleado tambien es el procedimiento de dar vuelta la pisada del animal enmoscado; pero, para esto, es necesario que el que hace el remedio sea práctico en decir las palabras necesarias.

La cuestion se reduce á esto: se hace caminar el animal enfermo; el operador se fija dónde pisa con una de las patas y elige una pisada, le hace con el cuchillo una cruz encima, y luego, con el mismo, corta el pan de tierra y lo da vuelta, poniendo la parte superior hacia abajo; esta operacion va acompañada de ciertas palabras que pronuncia entre dientes.

Me ha sido referido este otro sistema, observado en la provincia de Corrientes: el operador era una mujer que, delante del caballo, tomó una paja con ambas manos, dijo unas palabras misteriosas, y la rompió tirándola violentamente para atrás.

Sumamente asqueroso es este otro remedio empleado en algunos puntos de la Pampa: el animal es enlazado y una vez bien sujeto se le extraen tres gusanos de los mas grandes; el operador los toma, y uno por uno se los coloca en la boca, mordiéndolos, y tirándolos para atrás.

La gran cuestion es no descomponerse del estómago, pues, si esto sucede, el animal no sana.

Todos estos sistemas, á los que tienen gran fé, como se verá, están eminentemente basados en la supersticion, y dejan que la Naturaleza ó el animal mismo obren de por sí en pro de su conservacion.

Indudablemente que las larvas de las moscas, cuando se han desarrollado lo bastante, tienen que abandonar el medio en que se han criado, para transformarse en pupas, á fin de concluir su metamórfosis; más aún: he tenido ocasion de observar varias veces en Entre-Rios que los animales enmoscados buscaban siempre los lugares con barro para revolcarse y cubrirse las heridas agusanadas con él, á fin de que las larvas comprimidas por él, al secarse, ó asfixiadas bajo aquella capa, no continuaran su obra.

Pero los paisanos no ven estas cosas, y siguen creyendo con gran fé en la eficacia de sus remedios supersticiosos.

Mordedura de víbora—Contra este accidente comun en algunos puntos donde existen abundantes reptiles, algunos hacen una trenza de tres, de paja *Cortadera*, y con ella efectúan una ligadura sobre la parte picada; otros, en cambio, se contentan con colgar en el pescuezo de los animales un collar hecho de paja de vizcachera.

Para evitar la mordedura, algunos acostumbran colgar á los animales de aprecio un collar hecho de una tira de cuero de Venado (*Cervus campestris*), porque dicen que, como éste es un gran enemigo de la víbora á la que marea con el nauseabundo olor que posee y luego la mata á pisotones, el cuero de este animal, en el que persiste dicho olor, debe forzosamente alejarlas.

Deslomadas—Cuando los paisanos notan que un caballo va aflojando del espinazo, lo que sucede á veces en algunos ensillados muy jóvenes, etc., usan, para evitar que se deslomen, de un tratamiento bárbaro, que seguramente no les dá resultado.

Enlazan el caballo, lo voltean maneándolo de las cuatro patas; en seguida empiezan á castigarlo para que trate de levantarse, lo que no consigue, haciendo esfuerzos desesperados, arqueándose inútilmente; esto es precisamente lo que ellos desean, pues hinchando el lomo, como dicen, se arregla el espinazo.

Despues de un buen rato, y cuando el caballo ya está cansado de tanto ejercicio forzado, lo desmanean y lo largan.

En esto consiste el remedio.

Descogotados—El único remedio que hacen á los animales descogotados es colgarles una garra de cuero fresco en el pescuezo, lo que es de suponerse que casi nunca dá resultados, á pesar de que algunos le tienen mucha fé.

Manquera del encuentro—Esta enfermedad, que sobreviene á los caballos á causa de haber pisado mal durante un galope ó una carrera, y que puede considerarse como una recaladura, no deja de ser frecuente, inutilizando, por decirlo así, á los nobles brutos, que adquieren de este modo un andar insoportable.

Para un paisano, el que su caballo se manque del encuentro, es una especie de calamidad, y lo siente tanto, que no trepida en agotar todo su bagaje veterinario á fin de salvarlo.

Los remedios son variados y bárbaros: como pronta maniobra, en cuanto se manifiesta la manquera, manejan el caballo de las manos, lo corren de atrás, obligándolo así á trabajar con todo el cuerpo y no lo dejan descansar hasta que el pobre paciente sude á causa de los esfuerzos que hace; inmediatamente despues lo bañan.

Otro procedimiento, parecido al anterior, es el siguiente:

Corren al animal estando ellos encima, despues lo manejan de las manos, y atando en medio de la manea un maneador largo, cuya extremidad libre pasan por sobre un gajo de árbol, un poste alto etc., lo cuelgan.

El animal colocado de esta manera y apoyado en el suelo sólo por sus patas traseras, hace naturalmente esfuerzos de todo género y concluye por curarse de la manquera, ó empeorarse.

Cuando la manquera es vieja, los procedimientos son diversos: el principal consiste en labrarlos.

Labrar un animal en el encuentro, es, ni más ni menos, que aplicarle un cauterio que varía desde el fierro candente hasta el agua hirviendo.

La quemadura producida es curada con grasa de potro aplicada directamente sobre ella.

Otros, en vez de labrarlos, les aplican un cáustico cuya receta es esta:

Bicho moro, seco y pisado.

Jabon pisado.

Partes iguales, mézclese bien y aplíquese en el encuentro.

Ahora bien, como el Bicho moro es un escarabajo, ni más ni menos que del género *Lytta*, es fácil prever sus efectos.

Tambien es muy empleado para la manquera el cedal que hacen de cerdas del mismo animal, con sebo y sal mezclados, y que aplican tambien en el encuentro, haciéndolo correr todos los días.

Rengarse de una pata—*Desortijarse* es el término técnico en veterinaria campestre, con que se designa esta enfermedad; como en la manquera del encuentro, los remedios son variados.

El más comun es sacar unas cerdas de la cola del caballo enfermo y con ellas atar bien fuerte la pata contraria, más arriba del nudo, á fin de que, no pudiendo pisar con ella, pues le hace doler, el animal tenga forzosamente que pisar con la enferma y así, trabajando, dicen que se compone.

Otros, en lugar de cerda para atar, prefieren hacer la ligadura con una trenza hecha del género de una enagua de mujer.

Tambien acostumbran, en vez de hacer el remedio anterior, aplicar sobre la parte renga un sapo abierto por la barriga, al que dejan sólo una noche, porque creen que la fuerza de este remedio es tan grande que, si queda un poco más, hace secar la pata.

Vejigas en las patas—Para extirpar las vejigas de las patas, el remedio más general es pasar por ellas una aguja con una cerda, dejándole esta última á modo de cedal.

Otros las extirpan á cuchillo, luego cauterizan, en seguida aplican grasa de potro caliente, y, envolviendo la pata con lana, la hacen pisar sobre una bosta de vaca hecha brasa.

En vez de esta operacion, acostumbran tambien untar la pata avejigada con grasa de zorrino (*Mephitis suffocans*) envolviéndola despues con un trapo negro de lana.

Pero el remedio más curioso es el atar en la pata avejigada un cuero de zorrino cazado de noche y desollado vivo; como se vé, en esto entra tambien la supersticion.

Enfermedades del bazo—Si se trata de un hormiguero, como llaman allí á un foco purulento cualquiera en esa parte, lo limpian bien, luego lo cauterizan con un clavo enrojecido y rellenan finalmente, con sebo, el agujero; si en vez de hormiguero es el mal de bazo, lo tratan con salmuera, punzándolo en su parte superior ó frotándolo con excremento humano solamente.

Moquillo—El moquillo creo sea una forma de catarro que ataca á los caballos en ciertas épocas.

Varios son los remedios que emplean los paisanos para curarlo, amen de una consabida dósís de salmuera por la boca, que es imprescindible para ellos en todas las enfermedades internas.

Como en Medicina suele haber varias escuelas para el tratamiento de ciertas enfermedades, así tambien para el moquillo hay dos, que tienen, cada cual, sus partidarios.

Una, es la del zahumerio, y los adeptos de ésta lo aplican en las narices para hacerles respirar el humo de un trapo quemado, que sea de hombre, ya un atado de lana negra con una brasa en el centro (San Luis), ó ya con una bayeta colorada, segun los puntos.

La otra escuela pretende hacerles reventar el moquillo obligando á los pobres animales á hacer grandes esfuerzos, por ejemplo, darles un gran galope hasta que suden copiosamente y luego ahorcarlos con un lazo, ó con un bozal todo lo suficiente para que no mueran; así el animal, haciendo esfuerzos de asfixiado, concluye por reventar el moquillo.

Otros, á su vez, atan el animal de la cola, bien asegurado á un poste, y luego lo tiran del bozal en sentido contrario, con el mismo objeto que el anterior.

Mal de orina—Este es el nombre que dan los paisanos á la retencion de orina que suelen sufrir los caballos en alguna *galopeadura* violenta, ó por cualquier otra causa. Y es bastante comun.

Los métodos curativos son tambien variados. Unos cortan los pelos de las ranillas de una mano y una pata alternas, luego le dan tres puñetazos en el hijar y los sangran en el paladar.

Otros les dan un buen galope y luego se bajan del caballo y producen con la boca el sonido característico de expeler gases intestinales.

Otros hacen lo mismo y al llegar á su casa le colocan ahí en el pene.

Tambien acostumbran atarle bien fuerte, con cerdas, el tronco de la cola, con dos vueltas, y luego dejan al animal á sogá larga, sin darle agua ni qué comer hasta que orine.

Parecido al anterior es el dejarlos á sogá larga en un corral de ovejas, porque dicen que el olor amoniacal que despiden los excrementos del suelo los hace orinar.

Además usan tambien el pasar las orejas con una aguja con hilo y dejar este último atado allí, ó el hacerle oler un trapo de camisa masculina (falda).

En donde entra la superstición es en el siguiente: dan un gran galope al caballo y luego le pasan por la barriga, en cruz, tres veces, el talero, ó una mano de mortero; otros, en vez de pasarlo en cruz, lo tiran simplemente al otro lado, tres veces, por debajo del animal que está de pié, esto es, lo tiran así de un lado á otro, pasan á éste y repiten.

Otros remedios son:

Rayar las orejas del lado de adentro con la punta del lomo del cuchillo, ó batirle las berijas con ortiga; zahumarlos con lana negra, ó hacerles oler un lienzo súcio de cocina.

Como se vé, la clínica de esta enfermedad es muy variada y curiosa; sólo tiene un inconveniente y es que á los pacientes no han de agradar mucho estos tratamientos.

Mal de chucho—Esta enfermedad que presenta como síntoma principal aquel cuyo nombre encabeza este párrafo, ataca principalmente á los caballos en las sierras de San Luis, y el remedio que emplean para ella es ponerles un pedazo de tabaco negro en la *coscoja* del freno.

Tambien usan el ahumarlos con un trapo y rajarles las orejas; pero el remedio principal es el primero.

Empacho—Suele ser á veces frecuente en los terneros de las tamberas y es debido á que los animales, muertos de hambre, comen y tragan muchas cosas en vez de la leche

de las madres que sus dueños extraen; así es que, cuando diagnostican esta enfermedad, que bien puede ser cualquier otra, la curan introduciéndoles en el ano un pedazo de vela de sebo á modo de candelilla.

Mataduras—¿Quién no conoce las mataduras, á veces horribles, que muestran los pobres mancarrones que se hallan en manos inhumanas y cuyos dueños poco cuidado tienen de vigilar por su conservacion?

Muchos remedios se emplean para hacerlas desaparecer; pero los mas usuales son: aplicaciones de grasa de puchero mezclada con tizne de olla.

En Verano, rociarlas con agua de jabon, y, en Invierno, con grasa de potro, pero, sobre todo, las curan con orines humanos descompuestos.

Conservacion de la cola—Hay algunos paisanos muy curiosos y que gustan de que sus caballos luzcan una cola larga y tupida, á la inversa de la moda de las ciudades que dejan á los pobres animales rabones, privándoles de ese espanta-moscas que la Naturaleza tan generosamente ha sabido proporcionar á un animal de cuero tan fino y sensible.

Para lograr su objeto, la bañan frecuentemente con grasa de potro.

Animal cansado—Para aprovechar la carne de un animal vacuno, cansado, de esos tan difíciles de agarrar, emplean el siguiente procedimiento altamente salvaje y bárbaro: cuando se halla volteada la res, antes ó despues de degollarla, le cortan la punta de la lengua, el tronco de la cola, y le rajan las cuatro pezuñas, con el cuchillo, para que se desangre por allí: así, segun ellos, la carne queda buena para ser comida y no hace daño.

III — SUPERSTICIONES VARIAS.

El gaucho, como todo campesino, es en general supersticioso; tanto más, cuanto más lejos se halla de los centros poblados y vida aislada lleva.

Su bagaje de supersticiones es siempre abundante: en los dos títulos anteriores sobre el sapo y la veterinaria campestre, se ha podido ver ya en cuanto hace entrar lo sobrenatural en las diversas prácticas y manipulaciones descritas.

El paisano, obligado por la Naturaleza á ser muy observador, todo lo vé, lo mira, lo escudriña, y dotado de una gran memoria, vá archivando los hechos que poco á poco trata de correlacionar, cuando las circunstancias se lo exigen; pero como no siempre puede darse una explicación satisfactoria y natural de un suceso, etc., inmediatamente hace ¡intervenir lo sobrenatural, víctima de su rica imaginación, la que á su vez lleva consigo la herencia supersticiosa de todos los elementos étnicos que la componen.

Y así persisten las supersticiones, aumentando su número continuamente, cada vez que un nuevo hecho se produce.

Como todos los temas que ofrece el estudio del Folk Lore, este también es muy interesante y presenta fases múltiples y asuntos diversos que hay que coleccionar poco á poco, clasificándolos metódicamente, para que más adelante pueda reunirse todo el material disperso, á fin de hacer un trabajo completo.

Signos de lluvia—Indudablemente que, para el habitante de la campaña, la cuestión agua es de una importancia absoluta y primordial, de modo que siempre están esperando ese maná líquido, que es la fuente de vida de toda la Naturaleza.

¡Cuántas angustias! ¡Cuántos sinsabores! y ¡cuántos malos ratos han hecho pasar las épocas de seca á la gente del campo!

Qué es lo que no hubieran dado en ciertos momentos por un buen chaparrón?

Y en medio de esa vida de espera desesperante, cuántas observaciones, cuántas miradas al cielo, y cuántas conversaciones sobre el tema de la lluvia se hacen en sus casas, en las pulperías, por todas partes!

Un día llega un paisano á cualquier punto, y después de apearse del caballo, sin poder contener su júbilo, dice: va á llover pronto, acabo de ver en tal parte donde sabe estar

una punta de vacas así y así al *toro* de tal pelo de esa cuadrilla *que se revolcaba como caballo*. Entonces no es extraño que algún otro tercié en la conversación diciendo que también ha visto en su casa al *perro* tal (1) que estaba durmiendo *patas pa arriba* y es natural que pedía agua.

Otros, seguramente, no dejarán de haber visto, á su vez, quien á los *potrillos retozando y tirando patadas* en la loma tal ó cual y quien á los *corderos también retozando cortados en tropillas por los caminos*, ó si nó no faltará quien haya oído al *chajá emitiendo un grito especial á las doce del día*, ó á esa misma hora haya visto al *Pasa-calle* (que es una especie de becasina) *cerca de algun zanjón*.

En el párrafo del Sapo ya se habrán visto las herejías que hacen algunos con ese pobre animal para que haga llover.

Otro signo, al que dán gran importancia los paisanos, como de lluvia segura, es este: *Cuando cantan mucho las perdices y el sol se entra entre nubes*.

Al canto de las perdices le tienen mucha fé, tanto es así que hasta refranes en verso existen, como estos, que debo á la amabilidad del señor D. DEMETRIO CORREA MORALES, quien me ha dado muchos datos interesantes para este trabajo y otros.

Cuando la perdiz canta
ñublado viene,
no hay mejor señal de agua
que cuando llueve.

Cuando la perdiz canta
y el sol se ñubla
dicen las puebleritas
•agua segura•.

También hay que agregar, á los refranes que se refieren á la lluvia, estos dos más, en los que no interviene el canto de la perdiz:

Norte claro y sur oscuro
aguacero seguro.
Cielo empedrado
suelo mojado.

(1) Los paisanos, al hablar de un animal, nunca dejan de dar sus señales particulares y sobre todo el color del pelo que tienen. Lo mismo sucede al tratarse de un lugar cualquiera, ya sea loma, zanjón, monte, laguna, etc., siempre han de decir donde está, relacionando su posición con otros puntos, por ejemplo: *el zanjón que se halla á la derecha de la loma tal pasando por donde hay dos árboles*.

Signos de visita — En medio de esa vida aislada que pasa la gente del campo, no es muy frecuente el recibir una visita.

A veces, separados los ranchos, unos de otros, por distancias considerables, las familias muy poco salen, y pasan su vida ocupadas en las faenas propias del hogar, las que, en su mayor parte, requieren su presencia alrededor del fogón de la cocina, pues ellas se reducen principalmente á cocinar y cebar mate.

Si en el rancho hay muchachas, entónces cambia de especie; los gauchos jóvenes, atraídos por el eterno femenino, no trepidarán en galoparse sendas leguas para visitarlas con buenas ó malas intenciones; pero de cualquier modo ellas tendrán nóvio y la visita de un nóvio siempre es esperada con ansiedad é interés, ya sea en la Pampa, como en el centro de Africa; pero como ellos tienen también sus ocupaciones y quehaceres, no siempre pueden ser puntuales en sus visitas y de allí la necesidad de signos característicos que predigan el día feliz en que el ser amado no trepide en hacer sudar al noble bruto en sus largos galopes amorosos.

Si no hay muchachas en el rancho, no por eso se dejan de tener en cuenta dichos signos, y hombres y mujeres, al observarlos, exclamarán: ¿quién vendrá?

Y esta pregunta se harán en cuanto *pase un Teru-teru gritando sobre el rancho; cuando vean al gato que se lava la cara; cuando el gallo de la casa se pare en la puerta y se le antoje cantar, ó cuando al prender el cigarrillo en las brasas una de estas quede pegada á él, ó al cebar mate quede otra adherida al fondo de la caldera.*

Cuantos latidos acelerados de corazones femeninos campestres no producirán todavía estos inocentes signos de visita!

Signos de desgracia—¿Quién diría que los que tienen el odioso papel de anunciar las malas noticias son nada menos que las aves mas serviciales que el hombre cria: las gallinas?

Un mal papel les adjudican los paisanos, no contentos con comerse sus huevos, ni de sacrificarlas constantemente en aras de su nunca desmentido buen apetito.

Pero la supersticion así lo ha querido, y *cuando la gallina canta como gallo, ó el gallo canta entre las 8 y 10 de la noche, siendo sus cantos impares, ó antes de entrarse el sol tres veces canta*, una nube pasa por la frente del paisano, y, con suprema angustia, reprimida por el fatalismo tan comun en él, se pregunta con inquietud, vislumbrando una desgracia: ¿Qué sucederá?

El Basilisco—Este ser fantástico puede decirse que es compañero del otro, tambien fantástico, *La Culebrilla*. Los paisanos, sobre todo las mujeres, le temen mucho, puesto que creen que es la causa de muchos males, sobre todo del *daño*.

El origen de la supersticion del Basilisco es evidentemente europeo; pero en la Campaña se ha cambiado mucho en cuanto á sus efectos y modo de aparecer.

Las gallinas viejas, algunas espolonadas ya, son las sindicadas de poner los huevos de los cuales nace este terrible animal.

Los huevos de Basilisco son los que se llaman vulgarmente hueros, es decir, sin yema, y cuando sospechan de alguno, lo entierran profundamente, apisonando la tierra á intervalos y haciendo sobre ella una cruz con un palito ó cuchillo.

Si en alguna nidada encuentran por casualidad un huevo vacío, creen que de allí ha salido el Basilisco, y se lanzan á buscarlo; excusado es decir que cualquiera larva ú otro pequeño animal, que encuentren por las inmediaciones, y que no conozcan, es inmediatamente arrojado al fuego sin más trámite.

El Basilisco, segun los paisanos, tiene la forma de una pequeña viborita que posee un solo ojo en la frente, con el que mira á las personas, dañándolas con su mirada.

Una vez salido del huevo este animal, trata de entrar en el rancho, escondiéndose en las paredes ó techo, y desde allí ejerce su accion maléfica.

Este animal fantástico, tal cual lo forja la imaginacion campestre, tiene, cosa muy curiosa, un símil, en la Naturaleza, completamente inofensivo, y es la larva de una mariposa crepuscular (*Sphingidae*) *Phillampelus Labruscae*, llamada vulgarmente *bicho de parra*, la que posee en la

parte supero-posterior del cuerpo, un disco dibujado en la piel con todo el aspecto de un ojo, y esta, creo, haya sido, en parte, causante de la figura de víbora que le achacan al Basilisco nuestros paisanos, puesto que, en Europa, se le dá la forma de una lagartija.

Como anteriormente dije, el Basilisco causa principalmente el *daño*. Esta enfermedad, bastante comun entre las mujeres, relativamente, no es sino una forma de histeria, á veces complicada con epilepsia.

Los síntomas son por demás conocidos y se hallan en los libros que tratan de la materia para que los describa aquí; sólo diré el procedimiento que emplean para curarse del daño causado por el famoso Basilisco.

La enferma, una vez que le ha sido diagnosticada por alguna comadre, ó médica rural, la enfermedad, manda comprar, si no tiene, un espejo, con el cual se coloca dando la espalda á la nidada, de donde suponen haya salido el Basilisco, y se queda un par de horas diarias mirándola por el espejo. Este tratamiento lo continúa por espacio de muchos días, hasta que sane.

La razon de mirar la nidada por el espejo es la de romper la presión de la probable mirada del Basilisco, que puede que esté aún escondido allí.

He dicho antes que se curan, y es un hecho en muchos casos, puesto que las dos horas diarias de mirar al espejo, proporcionan á la paciente, sin apercibirse, una sesión de auto-hipnotismo que le es de mucha utilidad, y si á ésto se agrega la fé que tienen en el remedio, dará una suma de factores de curacion bastante importante.

Luz mala—Todo el mundo conoce los fuegos fátuos y su origen: pues á éstos los paisanos llaman *luces malas* ó mejor *luz mala*.

El gaucho más valiente no pasará cerca de una de estas luces que, en ciertas noches, se elevan en algun punto, sin sentir un terror supersticioso que le hará sacar el sombrero y rezar por el alma del finado, que supone se halle por allí enterrado; ésto lo hará siempre, sin darse cuenta de que ese fuego fátuo puede proceder de algun caballo muerto ó de cualquier sustancia orgánica en descomposicion.

Segun ellos, la *luz mala* procede de un alma que se halla en pena por cualquier motivo, y dicen que, rezando por ella, la luz no los sigue, que es precisamente á lo que tienen miedo.

Si por allí se halla una tumba, entónces dicen que el difunto quiere que se lleven sus huesos á lugar sagrado, esto es, á un cementerio.

La fantasía de la gente de campo ha creado un sinnúmero de cuentos á propósito de la *luz mala*, cuentos que se refieren alrededor del fogon, generalmente de noche, mientras el mate rueda de mano en mano y los párpados se ván poco á poco cerrando por la necesidad de reposo que tienen despues de todo un día de rudas tareas.

Esas historias tétricas y lúgubres, dichas allí, miéntras la llama sustituye á intervalos con su claridad á la luz mortecina de las brasas que sólo alumbran el círculo central de oyentes, es algo que se impregna en la humanidad individual, haciéndole parar los pelos y correr escalofrios por la espina dorsal, cada vez que un nuevo episodio es relatado.

Luego, cada uno de ellos, cuando en sus andanzas se encuentre con un fuego fátuo, recordará todo aquello; las células cerebrales que fueron tan fuertemente impresionadas otrora, volverán á funcionar, haciéndole desfilas, de un modo rápido, el recuerdo de aquellas noches, y entónces, espantado, sintiendo la piel de gallina por todo el cuerpo, se sacará trémulo el sombrero, y recogién dose todo en sí mismo, miéntras sus labios balbucean una plegaria, mirará con los ojos azorados *la luz mala*.



INDICE DEL TOMO I.

	<u>Página.</u>
I. Á la prensa, H	3
Sobre esta publicacion, H	3
El Reglamento del Jardín Zoológico, H.....	5
Los animales del Jardín Zoológico de Buenos Ayres, H.....	19
Apuntes preliminares sobre el género <i>Theosodon</i> , por FLORENTINO AMEGHINO (con figura).....	20
Una planta nueva de la Flora Argentina (<i>Euphorbia pampeana</i>) por CARLOS SPAGAZZINI	30
II. Mamíferos vivos existentes en el Jardín Zoológico el día 31 de Diciembre de 1892 (Inventario).....	33
Osteomalacia, por E. L. HOLMBERG.....	37
Notas biológicas.—Contribucion al estudio de la Biología Argentina, I á V, por JUAN B. AMBROSETTI.....	39
Algunos minerales nuevos para la República Argentina, por el Dr. G. BODENBENDER.....	52
Restauracion de vasos.—Apuntes arqueológicos, I, por E. L. HOLMBERG (con figuras).....	56
<i>Bibliografía:</i> I. ¿Dónde están los manuscritos de BONPLAND?—	
II. Geología de la pendiente oriental de la Cordillera Argentina, por el Dr. H. VON IHERING	61
III. <i>Néin</i> , la Elefante del Jardín Zoológico, por E. L. HOLMBERG (con lámina y figuras).....	65
Sobre la presencia de Vertebrados de aspecto mesozóico en la formacion Santacruceña de la Patagonia Austral, por FLORENTINO AMEGHINO.....	76
Nombres vulgares de Peces Argentinos, con sus equivalencias científicas, por el Dr. E. L. HOLMBERG	85
El nuevo género <i>Aristommata</i> , HOLMB.—E. L. H.....	96
IV. El Plano del Jardín Zoológico (concluido ó proyecto).—(con el plano, Lám. II ó fig. 12).—E. L. H.....	97
Munaysapa.—Lo que dice un fragmento de vaso calchaqui.—Apuntes arqueológicos, II, por E. L. HOLMBERG	102
Qué es un Tacurú, por JUAN B. AMBROSETTI	115
Jardín Zoológico de Buenos Ayres, <i>Mamíferos</i> . Cueros armados existentes en el Museo del Jardín el día 31 de Diciembre de 1892. (Inventario)	116
Id. id. Cueros preparados (no armados aún) existentes en el Museo del Jardín el día 31 de Diciembre de 1892. (Inventario).....	118
<i>Bibliografía.</i> —A. PERUGIA, Apuntes sobre algunos Peces Sud-Americanos conservados en el Museo Civico de Historia Natural de Génova.—E. L. HOLMBERG.....	120
V. Materiales para el estudio del <i>Folk-lore</i> misionero, por JUAN B. AMBROSETTI	129

	<i>Página.</i>
VI. Aves libres en el Jardín Zoológico de Buenos Ayres, por E. L. HOLMBERG.....	161
Tejidos pampas, por ENRIQUE KERMES.....	178
Las urnas funerarias y la chicha, por FÉLIX LYNCH ARRIBÁLZAGA.....	187
VII. Á propósito de la Guía popular ilustrada del J. Z. por E. L. H.	193
Notas biológicas: VI. Los «Chanchos jabalíes» y el Tigre, por JUAN B. AMBROSETTI.....	198
Vida familiar de los Pampas.—Apuntes étnicos, por ENRIQUE KERMES.....	206
<i>Bibliografía.</i> —Clave analítica de las familias de las plantas, por E. L. H.....	211
VIII. El Jardín Zoológico en 189). La primera Guía del J. Z. de Buenos Ayres.—E. L. HOLMBERG.....	225
El Peludo (<i>Euphractus villosus</i>) (para la Guía popular ilustrada del J. Z. de B. A.)—FÉLIX LYNCH ARRIBÁLZAGA.....	254
IX. X y XI en parte. Las leyes de la vida. Aplicación científica que de ellas hicieron sus primeros descubridores, por MATÍAS RAMOS MEXÍA.....	257
XI. La facultad de comparación en los Monos, por EDUARDO L. HOLMBERG.....	337
Notas biológicas: VII, El Tapir en Misiones, y VIII. El Tigre negro, por JUAN B. AMBROSETTI.....	341
La Liebre patagónica ó Marra (<i>Dolichotis patagonica</i>), por E. L. HOLMBERG.....	352
XII. Dos Peces Argentinos: <i>Aristommata inexpectata</i> y <i>Liposarcus Ambrosetti</i> , por E. L. HOLMBERG.....	353
Manifestaciones de vida intelectual en los animales, por ENRIQUE KERMES.....	355
Apuntes para un <i>Folk-lore</i> Argentino (Gaucho). I. El Sapo: II. Veterinaria campestre; III. Supersticiones diversas. por JUAN B. AMBROSETTI.....	367